

# Unus Christus Amans Patrem

## El Ministerio del Corazón de Jesús y el Sacerdocio Ministerial

Pbro. Dr. Osvaldo D. Santagada  
Secretario del Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM

¿Qué lugar puede ocupar hoy el Corazón de Cristo en la vida espiritual, en la formación académica y pastoral de nuestros seminarios? Hasta el Concilio Vaticano II y, sobre todo, después de 1956 cuando Pío XII escribió la encíclica *Haurietis Aquas*<sup>1</sup>, no había necesidad de reunir a un grupo de rectores de seminarios para plantear este problema. Pero, lamentablemente y pese a la visión de Pablo VI que escribió en 1965 una Carta Apostólica "*Investigabiles Divitias Christi*"<sup>2</sup>, en los últimos veinte años hemos visto la declinación de las devociones en los seminarios, y el desinterés por sus fundamentos en los textos teológicos.

En el contexto de la reunión en la cual participamos, que consiste en el intento de "formar sacerdotes según el Corazón de Cristo", mencionaré aquí tres de las varias causas de aquel desinterés.

En primer lugar, la reforma y el fomento de la vida litúrgica de la Iglesia realizada por el Concilio, trajo una espiritualidad más centrada en el *Misterio Pascual* que dejó de lado a los "ejercicios piadosos"<sup>3</sup>, y la Palabra de Dios, tan valorada por la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, cambió el estilo de la meditación en nuestros seminarios. En efecto, la bibliografía que se manejaba hasta el Concilio fue echada por la borda y la práctica de la oración litúrgica mediante el rezo de la Liturgia de las Horas, unida al estilo de teología que se comenzó a usar, condujo a una gran valoración de la Biblia, de la cual no hay sino que alegrarse. Pero en la realidad cotidiana, nuestros seminaristas poseen un estilo de lectura bíblica, con sus comentarios exegéticos o espirituales, que los han apartado de sus colegas de los sesenta primeros años de este siglo. ¿Qué sucedió? El movimiento litúrgico europeo quiso conscientemente apartarse de la piedad sentimental del siglo XIX, tratando de alejarse de lo subjetivo y lo emocional. Así, por ejemplo, la famosa revista francesa *L'art sacré* fue destilando lentamente un fastidio hacia todas las formas exteriores románticas (imágenes, ornamentos, edificios, vasos sagrados, telas, etc.) y se presentó un nuevo estilo de "despojo"

---

<sup>1</sup> Pío XII, enc. *Haurietis Aquas*, AAS 48 (1956), p. 309-353.

<sup>2</sup> PABLO VI, carta ap. *Investigabiles divitias Christi*, AAS 57 (1965) P. 298-305.

<sup>3</sup> No por voluntad del Concilio, sino por la lógica del mismo, cfr. *Sacrosanctum Concilium*, 13, b.

exterior magnificando un retorno a los orígenes del cristianismo. Se dio aquí un caso semejante a lo que hizo Dom Próspero Guéranger (1805-1877) desde 1833 a 1877 en la Europa novecentista: vuelta a la Edad Media, al Gregoriano, a lo "auténtico" cristiano, etc. Véanse pues los estilos de nuestras actuales capillas de seminarios y de los cuartos de nuestros seminaristas: una Biblia siempre se encontrará, algún icono, pero ya no imágenes religiosas, salvo algún poster de la moda "fraternal".

*En segundo término*, ha habido algunos equívocos sobre las "devociones" en general y la del Sagrado Corazón en particular. Esta última, considerada exclusivamente como fruto de revelaciones privadas a Santa Margarita María Alacoque (1647-1690) parecía equivocadamente un elemento menos "auténtico" y hasta superfluo en la vida ascética o espiritual de los futuros ministros sagrados. La historia de la Iglesia, en este aspecto, quedó desconocida, y una devoción que tiene mil años a su favor se ha perdido! Así, por ejemplo, sin entrar a presentar aquí los testimonios del primer milenio acerca del culto al Corazón de Cristo, que otros ya han realizado estupendamente<sup>4</sup>, me interesa recordar la actividad apostólica intensísima de San Juan Eudes (1601-1680), quien tuvo un influjo decisivo en la difusión de la devoción al Sagrado Corazón (también al de María) mediante escritos acerca de los modos concretos cómo realizarla, con un sentido profundamente realista sobre las necesidades de los clérigos. Esto ya nos indica que una "revitalización teológica" no puede por sí misma conducir a retomar o asumir elementos devocionales, dado que éstos se mantienen a través de símbolos o imágenes, vinculados a lo que podría llamarse el arte litúrgico o religioso. ¿El símbolo del Corazón ha quedado fuera de los gustos actuales? Tengamos presente que la cantidad enorme de literatura litúrgica de los últimos quince años, no ha logrado conducir a la práctica de una celebración viva, activa, participada. Así, por ejemplo, la proclamación de la Palabra de Dios queda en la práctica inutilizada por el apuro y la falta de competencia para leer en público, como han demostrado tantas encuestas. Con esto no queremos negar el valor del trabajo del P. *Hugo Rahner*, S. I. que trató de reubicar teológicamente (en la cristología, la pneumatología, la eclesiología y la soteriología) el culto del Sagrado Corazón mediante el comentario profundo de dos textos del Evangelio de San Juan<sup>5</sup>, y orientando la devoción hacia el Misterio Pascual<sup>6</sup>. Ya el mismo Papá Pío XII en *Haurietis Aquas* intentó ampliar el espectro bíblico en el que se funda esta devoción. Por eso, debemos plantearnos con sinceridad qué vamos a hacer con la herencia devocional de la Iglesia, ¿cómo conservarla sin merecer etiquetas de ninguna índole, ni ser ridiculizados?

*La tercera causa* está en el influjo de las corrientes de pensamiento de tipo racionalista, escéptico, secularizado que han tocado la teología

<sup>4</sup> Cfr. DUMEIGE, G., *El tiempo de los Padres*, en "Cor Christi". Bogotá, 1980, p. 11-41. - BEA, A., card., (ed.), *Cor Jesu*. Freiburg, 1959. 2 vol.

<sup>5</sup> Ju. 7:37-39 y 19:34-37.

<sup>6</sup> Cfr. RAHNER, H., *Gedanken zur biblischen Begründung der Herz Jesu Verehrung*, en STIERLIX, J., (ed.), *Cor Salavatoris*. Freiburg, 1954, p. 19-45.

católica desde principios de siglo. Con respecto a esto, nos parece poder señalar al menos tres observaciones: ante todo, quizás para no caer en el *sentimentalismo*, considerado peyorativamente, se presentó *una cristología sin el Corazón de Cristo*, realidad mucho más grave en América Latina cuya cultura está marcada con el corazón (Puebla, n. 414). Para confirmar este hecho basta mirar los manuales de teología y los libros actuales! Además, parece que la tendencia cristológica de nuestros días va en un sentido de pelagianismo implícito<sup>7</sup>; y también, hemos visto florecer en los últimos años un cierto pluralismo teológico que ha traído diferentes modelos de eclesiología y sus correspondientes concepciones del sacerdocio ministerial. Pero lo más grave de todo es el proceso de "desacralización de la teología".

No es nuestra intención dar aquí pasos para solucionar las causas que han originado el problema presentado. Más bien, nuestro propósito consiste en presentar algunos elementos de reflexión sobre el Corazón de Cristo, no sólo en cuanto a su culto, sino también en relación a la misma cristología, que valga para nuestros seminarios. La preocupación por la formación de los futuros presbíteros presupone hoy diversos acentos, no necesariamente contrapuestos, pero que pueden provocar distintas entonaciones para la vida sacerdotal, en sí legítimas. Me refiero a las posibilidades que aparecen en la formación humana y espiritual, teológica o pastoral de los futuros ministros sagrados. Considero que hay *razones de importancia* para proponer la temática del Sagrado Corazón de Jesús como capaz de orientar esos acentos de la formación sacerdotal. Corresponderá a los responsables de la catequesis y la formación vocacional la búsqueda común y personal de *los modos concretos* que permitan encauzar las percepciones de esta exposición en la vida humana, afectiva, volitiva, intelectual, emotiva y, sobre todo, religiosa de nuestros presbíteros.

Mi exposición tendrá tres partes. *En la primera*, trataré sintéticamente sobre el Corazón de Cristo:

1. En su Encarnación.
2. En su existencia terrena.
3. En su muerte.

*En la segunda* parte, intentaré profundizar un momento peculiar de ese Corazón: el Corazón de Cristo en la institución del sacerdocio jerárquico:

1. Antecedentes.
2. Sacerdotes para realizar la ofrenda del sacramento del sacrificio de Cristo.
3. Sacerdotes para animar el espíritu de misericordia de la Iglesia.

*En la tercera* parte, veremos el Corazón de Cristo en su vida actual de Resucitado:

---

<sup>7</sup> Cfr. POZO, C., *Redención y reparación*, en "Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús". Bogotá, 1982. p. 602ss., esp. p. 610.

1. "Poner la mano en el costado abierto".
2. "Ver y creer".
3. "El corazón adorable".

Por último, sugeriré algunas *conclusiones* teológicas y pastorales orientadas a la espiritualidad y la formación en nuestros seminarios.

1. Adoración y reparación.
2. Reinformación catequística y teológica.
3. Liturgia y devociones.
4. Religiosidad popular y ministros sagrados.
5. Formación en los seminarios.
6. Amar a la Iglesia.

### I. El Corazón de Cristo

Es menester hacer en este punto algunas observaciones previas. La primera se refiere a lo que debe entenderse por "corazón". El corazón es un *símbolo*, correlativo al *concepto* de persona, que expresa la unidad compleja de toda la personalidad, la libertad más íntima, la santidad concedida. "Corazón" no debe entenderse en el sentido pascaliano de sede del amor, ni es una facultad del alma desligada de las otras, como si fuera la fuente de las emociones. De manera sintética nos parece que "corazón" es un símbolo indicador de tres realidades de la existencia humana: la interioridad y la conciencia; la libertad; y la santidad. "Corazón" indica así una vida vivida conscientemente, libremente, y santamente. En este último sentido, podría hablarse de alguien que se ha "consagrado" al Señor o a quien el Señor ha "consagrado" (ha hecho santo) por el Bautismo.

Segunda observación. El modo de exposición que adoptamos aquí, sin dejar de lado el tema del Corazón traspasado, tiene en cuenta el Corazón de Jesús en su vida terrestre, en cuanto el corazón es indicador de vida, como acabo de enunciar. El Corazón traspasado nos encuentra delante de Jesús muerto<sup>8</sup>. El Concilio de Calcedonia (IV Ecum., 451) nos presenta a Jesús "*perfectus in humanitate*", dato que los concilios posteriores se encargaron de precisar con la doctrina de las dos voluntades y las dos operaciones de Cristo.

La tercera observación se refiere al contexto bíblico de nuestra temática: en los evangelios no aparece la palabra "corazón" (*kardía*) referida a Cristo, sino únicamente las palabras "costado" (*pleura*) y "seno" (*koilia*). Es una dificultad grande para los esfuerzos teológicos realizados en la línea teológica del P. Hugo Rahner<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Cfr. DE LA POTTERIE, I., *Fondement biblique de la théologie du Coeur du Christ*, en "Le coeur de Jésus, coeur du monde". Paris, 1928, p. 103-140.

<sup>9</sup> Cfr. BAUMGAERTEL, F. *Kardía*, en GLNT (Kittel), V, 193-199; BEHM, J., en *ibidem*, col. 199-216.

### 1. En su Encarnación

Queremos buscar el fundamento de la devoción y la teología del Sagrado Corazón en la psicología de Jesús, en su realidad antropológica, siguiendo en esto las líneas trazadas por Pío XII en su encíclica *Haurietis Aquas*.

#### a) "El corazón silencioso y ferviente de María".<sup>10</sup>

El Misterio de la Encarnación tiene su primer momento en el seno purísimo de la Virgen María. Con hermosas palabras nos presenta el *Documento de Puebla* el puesto de María en la Encarnación: "La Inmaculada Concepción nos ofrece en María el rostro del hombre nuevo redimido por Cristo, en el cual Dios recrea "más maravillosamente aún" el proyecto del paraíso" (n. 298). Para nuestros pueblos latinoamericanos, "María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión" (Ibid. n. 282). Mucho más significativo aún es lo que se dice del "corazón" de María: "tiene un corazón tan amplio como el mundo y ella implora ante el Señor de la historia por todos los pueblos" (Ibid. n. 289). Así lo registra la fe del pueblo cristiano. De ese corazón purísimo ha tomado el Corazón de Jesús. María, no podemos olvidarlo jamás, engendró primero con el corazón que con el cuerpo. El corazón de María vive en el silencio amoroso que ama a Dios y en el fervor esperanzado en su Palabra. Esa Palabra se hace carne (Jn 1:14) y nace de María: Palabra eterna hecha corazón y sentidos, inteligencia y amor. De María nace el Corazón de Cristo, que es la Iglesia<sup>11</sup>. Esa cercanía al Padre, esa amplitud de corazón, esa pureza del hombre nuevo son transmitidas a su Hijo bendito por el misterio de la generación humana, según la cual nosotros creemos en un solo Señor que se hizo igual a nosotros en todo, excepto en el pecado (cfr. Hebr 4:15).

Esto es, entonces, lo primero que recibe el corazón de Jesús mientras se forma en el seno purísimo de la Virgen, ya sostenido por la Persona del Verbo: un corazón silencioso e hirviente de verdadero amor por Dios, un corazón religioso y limpiamente humano, el Corazón del hombre nuevo creado en justicia y santidad (Ef 4:24).

#### b) "Vengo a hacer tu Voluntad" (Ps. 2. Hebr 10:7.9).

La Iglesia aplicó a Jesús las palabras del salmo 39: 8-9, "Héme aquí que vengo a hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en lo profundo de mis *entrañas*". Así contesta el Hijo a las palabras de su Padre que le dice: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Ps 2:7). Cristo lleva desde el comienzo de su carrera terrenal el amor de la Voluntad del Padre "en sus entrañas", que equivale a decir "en su corazón", en lo más íntimo de su ser de hombre verdadero. A lo largo de su existencia, este tema será como un faro que ilumina la vida que Jesús

<sup>10</sup> PIRONIO, E., Card., *María y la vida contemplativa*, en *L'Osservatore Romano*, ed. cast. XII, (1980) p. 864.

<sup>11</sup> Cfr. MEJIA, J., *Naître du côté du Christ*, en "Le Coeur de Jésus, coeur du monde". Paris, 1982, p. 65-101, esp. 71 y 101.

lleva entre los hombres, porque El ha bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la voluntad del que lo ha enviado (cfr. Ju 6:38). Así nos dice: "La voluntad del que me ha enviado es que no pierda nada de lo que El me ha dado, sino que lo resucite el último día" (Ibid. v. 39). Al culminar su obra, exclama "que no se haga mi voluntad sino la tuya" (Luc 22:42). Desde "la hora" de la Encarnación hasta "la hora" definitiva de la redención, hay un solo motivo en el corazón de Jesús: cumplir la Voluntad del Padre.

### c) *Un corazón de Hijo del Padre*

El mismo Jesús se encarga de explicar su existencia: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Ju 3:16). Jesús habla con Nicodemo y expresa la conciencia profunda que posee de su existencia dada por el amor del Padre para la salvación del mundo. Necesitamos descubrir aquí los sentimientos profundos de Jesús en su vida. Es, ante todo, una vida de intimidad con el Padre en su conciencia de Hijo. Jesús siempre actúa como Hijo, por la conciencia que posee de su filiación divina, y siempre se dirige al Padre, en una actitud de obediencia perfecta. Por eso, el modo como Jesús existe en cuanto Hijo del Padre es un don de sí mismo total y libre al Padre que lo envió. Sentimientos, entonces, de obediencia, de entrega, de comunión íntima, de amor, son los que manifiesta el corazón humano de Cristo. Todo lo cual se sintetiza en estas palabras suyas: "mi comida es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su obra" (Ju 4:34).

## 2. *Un Corazón Humano con el cual Dios Ama*

Cuando el Concilio Vaticano II quiere sintetizar toda su doctrina sobre el hombre, proclama: "Cristo que es imagen de Dios invisible (Col 1:15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida (Conc. Calcedonense: "reconociéndolo en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación"), ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, *amó con corazón de hombre*"<sup>12</sup>. Este es el núcleo misterioso del Plan de Dios para salvar a la humanidad: Dios no desdeña los sentimientos del corazón humano para manifestar su amor. Al contrario, en Cristo nos ama Dios con un corazón humano sin mancha, pues el Verbo asumió una humanidad perfecta, una humanidad sin la herida del pecado, tal como la Trinidad quiso para todos y cada uno de los hombres de todos los tiempos, y que nosotros sólo podremos hallar cuando el Templo de Dios llegue a la madurez y encuentre su fin beatífico.

<sup>12</sup> Constitución *Gaudium et Spes*, n. 22, párr. 1.

Queremos adentrarnos ahora en ese Corazón del Verbo hecho hombre tal como nos aparece desde su nacimiento hasta su muerte: es decir, en su carrera terrena. Una encuesta exhaustiva sería ajena a la índole de este trabajo y a la capacidad de este autor. Pero intentaremos contemplar ese Corazón de Jesús en su vida oculta de Nazaret, en su vida pública y en su pasión. Tres momentos importantes, de los cuales uno (la pasión) será la culminación de una voluntad humana que adhiere plenamente a la Voluntad del Padre. En cada uno de estos momentos podremos palpar con *los sentimientos de Cristo Jesús* (cfr. Filip 2:5).

#### a) *El Corazón de Jesús en su vida oculta*

##### 1) *Un corazón que ora.*

Hay una incomparable comunión de Jesús con su Padre. El mismo corazón que pronuncia en la cruz las palabras del salmo 21, sabe perfectamente que el Padre nunca le abandona (cfr. Ju 8:29). Eso no le impide vivir en una intimidad de comunicación personal, sea que ore por sí mismo, por Pedro, por los discípulos, sea que dé gracias al Padre, sea también que se una al Padre en los momentos decisivos de su existencia, como el Bautismo, la Transfiguración y la Agonía del Getsemaní; sea incluso que ore antes de la elección de "los Doce" o de la confesión de Pedro (en la versión de Lucas). Desde su niñez y adolescencia, Jesús tiene la conciencia que debe ocuparse "de los asuntos de su Padre" (Luc 2:49), porque él es "el Hijo" (como se autoimplica en la parábola de los viñadores homicidas cfr. Mt 21:37). Esta experiencia de ingreso a la esfera de la comunión con el Padre, nos presenta su corazón profundamente religioso que trata con una ternura y un cariño inefables al que lo envía. De semejante corazón brota ese tratamiento inaudito: Jesús ora con su "papito": *Abba, Padre!* (cfr. Mc 14:35, Gal 4:6, Rom 8:15).

##### 2) *Un corazón pobre*

El Hijo siente intensamente la indefensión y la debilidad del humilde, del niño, del pequeño, del pobre. Se siente feliz, no solamente de proclamar la felicidad del espíritu de pobreza, sino que él mismo acepta vivir en una real pobreza que comienza con su nacimiento en un pesebre (Lc 2:7) y se manifiesta claramente cuando afirma que el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mt 8:20). San Pablo sintetizará este corazón cuando dice que Jesús se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cfr. 2 Cor 8:9).

##### 3) *Un corazón generoso*

Esa misma afirmación de Pablo contiene una admiración por la generosidad de Jesús. Pero esa generosidad no es simplemente metafórica. Es real en un doble sentido: su corazón generoso quiere *dar* la salud, la paz, la vida, la orientación al enfermo, al endemoniado, al muerto, al perdido (cfr. el episodio con Zaqueo, Luc 19:1-10); pero también ese corazón dispone los medios para una generosidad *efectiva* en favor del necesitado, como queda patente en la última Cena cuando los apóstoles piensan que Judas se retira para cumplir algún mandato de Jesús en favor de los pobres (cfr. Ju 13:29, Ju 12:6).

## b) *El Corazón de Jesús en su vida pública*

### 1) *Un corazón puro*

Es mucho lo que podría decirse de la pureza del corazón de Jesús. No es posible aquí sino presentar someramente este aspecto. Consideramos que el episodio de la curación de la hija de Jairo (cfr. Luc 8:40-56) es una de las manifestaciones de esa pureza. La niña que comienza a ser mujer se "está muriendo", a causa de las miradas de la sensualidad.

Sólo los ojos limpios de Jesús pueden devolverle la vida: "¡levántate!" es la palabra maravillosa que únicamente los puros de corazón pueden decir a los postrados y a los "muertos" en su carne. Por eso, quizás Jesús no permite que lo acompañen más que los que tienen ojos puros para contemplar a la muchacha que "duerme". Es interesante también ver cuáles son los sentimientos de Jesús delante de los pecadores (p.e. la Samaritana, la Magdalena, los verdugos). Los llamamos sentimientos de "misericordia", palabra en la cual ya se incluye el corazón que compadece y perdona.

### 2) *Un corazón leal*

La Institución de "los Doce" (cfr. Mt 10:1-4, Mc 3:13-19, Luc 6:12-6) no es indiferente a Jesús. Sólo pueden ser "enviados" aquellos que lo sigan con libertad y sinceridad. Por eso, no puede él impedir preguntarles si ellos también quieren marcharse como han hecho muchos de los discípulos, después de sus palabras sobre el Pan de Vida (cfr. Ju 6:66-67). Y tampoco puede dejar de decirles: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mt 10:28) y manifestarles su lealtad para con los leales (Ibid. vv. 32-33).

También hay otro momento culminante en la vida de Jesús que es la confesión de Pedro (Mt 16:13-19, Ju 6:69). El corazón de Cristo no se contenta con la proclamación que hace Pedro, gracias a la revelación del Padre. Necesita saber si Pedro lo "ama" (Ju 21:15-17, aunque aquí es el Señor Resucitado el que pregunta al renegado para rehabilitarlo, podemos suponer con verosimilitud que Jesús necesita del amor de los suyos). Su Madre, Juan y Magdalena se lo dirán con su presencia junto a la cruz. Pedro debe proclamarlo delante de todos, por causa de su primado: "Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo". Jesús no oculta entonces lo que sucede a quienes lo amen. En el horizonte de los que siguen a Jesús, siempre está la cruz: "el que quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga" (Mt 16:24, Mc 8:34, Luc 9:23, que añade "cada día" al tomar la cruz).

### 3) *Un corazón consciente de su misión*

Jesús posee una conciencia clara de su ser y de su misión (cfr. Ju 7 y 8 passim). El ha venido a proclamar que con su presencia ya está presente el Reino de Dios entre los hombres (Lc 11:20, Mt 12:28), más aún que él mismo es el Reino y el Evangelio (Mc 4:11).

La parábola del Padre misericordioso y de los dos hijos nos brinda la ocasión de conocer uno de los sentimientos más profundos de la conciencia de Jesús. El Padre misericordioso dice al hermano mayor, que no quiere aceptar a su hermano pródigo: "Hijo, tú siempre estás conmigo,



y 'todo lo mío es tuyo' (Luc 15:31). Jesús es quien pronuncia esta parábola, él que es el hermano capaz de aceptar a la multitud de sus hermanos pecadores. Por eso la síntesis de su vida la proclama su corazón cuando, al llegar "la hora", ora a su Padre diciéndole: "Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío" (Ju 17:10), porque "todo lo que tiene el Padre es mío" (Ibid. 16:15).

Esta conciencia de Jesús es asimismo muy clara con respecto a su obra redentora. La parábola del Buen Pastor nos presenta un magnífico cuadro de cuáles son las actitudes de Jesús con respecto a quienes el Padre le confió: le importan, los conoce, les habla, les da vida abundante, los cuida (cf. Ju 10:1-18). Y todo eso es posible porque Jesús es libre y voluntariamente *da la vida* por sus ovejas (Ibid. v. 11. 15; cfr. 1Ju 3:16).

### c) *El Corazón de Jesús en su pasión.*

Los relatos de la pasión (Mt 26-27, Mc 14-15, Luc 22-23, Ju 18-19) nos presentan la concentración de todos esos sentimientos de Jesús, inmediatamente antes de su sacrificio en la cruz. Entre toda su actividad evangelizadora y su muerte, la pasión es el nexo ineludible.

#### 1) *Un corazón libre*

Jesús no estaba sometido a la muerte a causa de su impecabilidad. Por eso, Él hubiese podido mantenerse en vida y no permitir la ruptura de la unidad de su naturaleza humana. Pero el Corazón de Jesús en lugar de oponer resistencia a la muerte o intentar conservar instintivamente la vida, según una voluntad natural, se ofrece a sí mismo según una voluntad divina del Hijo, deseosa de cumplir lo que el Padre quiere. Toda la obediencia de Jesús, toda su búsqueda de la verdad tienen su culminación en su sacrificio, que antes de ser la sola muerte de la cruz, es la voluntad libre que la acepta. Así Jesús se da, abre su corazón a los pecadores y se hace "sacrificio por el pecado"<sup>13</sup>. La ofrenda de Jesús es un sacrificio no por la voluntad de sus verdugos, sino por su propia voluntad libre que asume la muerte para compartir, hasta en lo que no le corresponde, la existencia humana, para repararla, elevarla, santificarla desde dentro.

#### 2) *Un corazón que sufre*

Es cierto que el corazón es un símbolo del amor. Pero, en Jesús nada obsta para afirmar principalmente que su corazón es un símbolo de la muerte aceptada para consumir la voluntad del Padre, que es el retorno de los pecadores a su Plan de amor. Jesús debe aceptar la cruz "para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Ju 17:26) como Él mismo afirma en su oración sacerdotal, en la cual suplica al Padre que lo consagre como ofrenda aceptable a fin de dar vida eterna (Ibid. v. 2).

Ese corazón sufre realmente, carga sobre sí todo el dolor del mundo, lo comparte y así se hace expiator, reparador por toda la humanidad, y la salva. La expiación y la reparación forman parte esencial de esta voluntad

<sup>13</sup> 2 Cor. 5:21, notar que la misma palabra *hattah* designa tanto el pecado como el sacrificio que lo repara, cfr. SABOURIN, L., *Redención sacrificial*. Bilbao, 1960, passim.

de oblación de sí mismo, que Jesús realiza por un acto de su libertad. La sangre derramada y el dolor de Jesús nos obtienen la salvación, porque han quedado orientadas por su libertad. No nos convence un cristianismo meramente "dolorista"<sup>14</sup>.

### 3) *Un corazón que agoniza*

La lucha frente a la muerte se da en Jesús muy claramente. La voluntad natural se llena de tristeza y de miedo. Son dos sentimientos de su corazón, mucho más legítimos, pues a El no debería herirlo la infamia de la pasión y el sufrimiento injustamente repogado sobre su inocencia. Esa tristeza y ese miedo son fruto de la repugnancia que un hombre perfecto, sin la experiencia del pecado, experimenta frente a la muerte (cfr. Mt 26:38-39; Mc 14:34-36, con Abba, Ju 18:11).

Lucas agrega que Jesús sintió angustia, a pesar del consuelo celestial y que su sudor se hizo como gotas espesas de sangre. (Luc 22:43-44, si bien algunos más, lo omiten). Frente a la injusticia que lo intenta destruir, la naturaleza se rebela. Pero triunfa la voluntad racional: ha llegado "la hora". Es una hora en que el amor se hace dolor. Por eso, San Pablo podrá sintetizar todo lo que significa esa oblación de Jesús, diciendo: "Cristo ama a la Iglesia y se entregó *a sí mismo* por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua en virtud de la palabra, y presentársela a sí mismo resplandeciente; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada" (Ef 5:25-27). El *cariño* del corazón de Jesús llega a este extremo: cuidar a su Esposa hasta entregar su vida por ella. Nosotros somos esa Iglesia, llamados a ser santos e inmaculados (Ef 1:4) en una identificación a ese Corazón.

## 3. El Corazón traspasado en la Cruz (Ju. 19: 34-37).

### a) *El Corazón de Jesús en relación a nosotros*

Al pie de la cruz, en el momento supremo de "devolver al Padre el Espíritu" (Luc 23:46) a fin de que pueda ser derramado sobre la Iglesia, María y Juan son los testigos privilegiados. La Madre y el Discípulo son la representación de la Iglesia. A ellos se les concede una palabra llena de amor y preocupación, que recapitula la imagen del buen Pastor. Por eso, la visión del Corazón de Cristo, que por el sacrificio consuma su misión sacerdotal, le corresponde únicamente a la Iglesia, no a quienes lo crucifican. "Mirarán al que traspasaron" (Ju 19:37 con la cita de Zac 12:10). Al corazón traspasado lo puede *comprender* sólo el que se identifica por la fe y los sacramentos: el creyente que se hace testigo de la verdad, como Juan y María.

### b) *Transición de "pleura" a "kardía"*

#### 1) *La lanza del soldado*

"Uno de los soldados le atravesó el *costado (pleura)* con una lanza

<sup>14</sup> Cfr. BOUYER, L., *Le Mystère pascal*. Paris, 1945, p. 290ss., con el cual coincido plenamente.

y al instante salió sangre y agua" (Ju 19:34). Le atravesó ("aperuit") puede también traducirse en el sentido de abrir, traspasar o, incluso, golpear. La transfixión del costado fue pasando a ser comprendida como el traspaso del *corazón*, a causa del milagro de la sangre y del agua que brotan de la herida. El texto evangélico no usa la palabra *kardia*, sino *costado*, quizás por una cierta alusión al Génesis (2:22). Del costado de Adán nace Eva, así como del costado de Cristo nace la Iglesia<sup>15</sup>.

Mantengamos, por ahora, estos dos elementos en la memoria, como centro de la escena de la muerte de Jesús: el *costado* (la palabra *pleura* aparece en el N. T., aquí solamente, en Ju 21:20-25-27 y en Hech 12:7) y el flujo de *sangre* y *agua*. El testimonio de Juan es claro: Jesucristo murió realmente.

## 2) *Diversas interpretaciones*

La transición de *costado* a *corazón*, queda ratificada en la encíclica *Haurietis Aquas* según una interpretación "realista", según la cual el corazón es símbolo del amor *de Dios* y fuente del Don salvífico. Pero también puede considerarse que el costado abierto, no es sólo símbolo del amor, sino también símbolo del Espíritu Santo que es entregado por la muerte ("emisit Spiritum", Ju 19:30), y símbolo de toda la verdad que Jesús reveló y testimonió con su muerte (cfr. el proceso de Jesús, esp. Ju 18:37-38).

Otras interpretaciones posibles son las del Concilio Vaticano II: una interpretación sacramental (cfr. Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 5) y otra eclesiológica (cfr. Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 3).

Además, conviene considerar, como ya fue expresado, que el corazón es símbolo del sufrimiento, y en este sentido del sacrificio por el pecado. Así, aunque no pueda ser dicho de Jesús directamente, su Corazón es un corazón "triturado y humillado" en favor de todos los corazones roto y humillados por el arrepentimiento.

### c) "*Sangre y agua*" (Ju 19:34b).

#### 1) *El Bautismo*

El texto de Ju 19:34b nos conduce al otro texto que comúnmente se aduce para hablar del Corazón de Jesús: Ju 7:37-39. Es el texto del agua viva que como ríos brotarán de su *seno* (*koilia*). El agua viva es el don del Espíritu Santo que normalmente se da por el Bautismo en la Iglesia y que Jesús entregó al morir en la cruz, según el mensaje de Juan (Ju 19:30). Ese Don se entrega solamente después de la "glorificación de Jesús", entendida como su muerte que da inicio a la entrega del Señorío por parte del Padre.

También ha habido una transición de *koilia* a *kardia*, aunque *koilia* primariamente tiene un significado de vientre, que el mismo Jesús se encarga de explicar, haciendo que del corazón salgan todas las perversidades (cfr. Mc 7:14-23). Quizás por esto no se usó luego la palabra *kardia*,

<sup>15</sup> Cfr. MEJIA, J., art. cit., p. 85.

para indicar todo lo bueno que sale de Jesús<sup>16</sup>, que es “manso y humilde de corazón” (Mt 11:29).

### 2) La Eucaristía

La “sangre” que brota milagrosamente del corazón de Cristo muerto en la cruz, es manifestación de la Eucaristía como comunión en la muerte sacrificial de Jesús, aunque lo mismo valdría para el agua del Bautismo que también nos identifica con su muerte. Lo importante es comprender que la sangre sola no basta. El mismo Jesús lo explica cuando afirma: “El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada” (Ju 6:63). Y así se unen el Espíritu, el agua y la sangre para dar testimonio de Jesús como Hijo de Dios (cfr. 1 Ju 5:6-8).

### 3) La Iglesia

No solamente los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía nacen del corazón traspasado, sino también la misma Iglesia. Así lo ha visto toda la tradición, como han presentado exhaustivamente algunos autores<sup>17</sup>.

Al terminar esta primera parte, ya se puede presentar el Corazón de Jesús como un corazón “sacramental”, aún antes de consumir su sacrificio con la muerte de la cruz. Desde la Encarnación hasta la Pasión, el corazón de Jesús se ha mostrado como un corazón que libremente se entrega y da la vida por sus ovejas. Es menester, ahora, detenerse en dos elementos capitales para terminar de comprender este Corazón sacerdotal. Pertenecen a los sentimientos de Jesús en el momento de la institución del sacerdocio jerárquico y ministerial de la Iglesia.

## II. El Corazón de Cristo en la Institución del Sacerdocio Jerárquico

### 1. Antecedentes

En el Corazón de Jesús tiene lugar una lógica de sustitución, por la cual se pasa de todos a uno solo (cfr. Ju 11:50-52). El entrega no un músculo de su cuerpo, sino un acto de libertad pura capaz de elevarnos de nuestra miseria, un acto de culto *espiritual* por el cual Jesús, constituido sacerdote se hace a sí mismo víctima viva, santa y agradable. “Espiritual” se dice por referencia al Espíritu Santo, y no como una gradación con respecto a los sacrificios exteriores del Antiguo Testamento.

El Único Sacerdote es Cristo y todos los que hemos sido bautizados en su muerte, formamos un solo pueblo sacerdotal. Pero debe entenderse bien este sacerdocio de los fieles: su culto es de orden moral (ser santos) y no litúrgico, aunque tenga una relación directa con el Bautismo y la Eucaristía. En el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, algunos tienen un ministerio por el sacramento del Orden y son constituidos servidores de

<sup>16</sup> Cfr. BEHM, J., *Koilia*, en GLNT (Kittel), V. 663-672; SCHNACKENBURG, R., *II Vangelo di Giovanni*. Brescia, 1977, vol. II, p. 283 ss.

<sup>17</sup> Cfr. TROMP, S., *De nativitate Ecclesiae ex Corde Jesu in cruce*, en *Gregorianum* 13 (1932), p. 489 ss; FEUILLET, A., *Le Nouveau Testament et le Coeur du Christ*, en *L'Ami du Clergé* 74 (1964), p. 321-333; MEJIA, J., art. cit.

Cristo sacerdote y del pueblo sacerdotal: es el sacerdocio de los ministros consagrados. Estos son los instituidos por la imposición de las manos para ejercer el oficio litúrgico de consagrar la Eucaristía, perdonar los pecados y celebrar los otros sacramentos. Estos ministros son "ordenados" y reciben así un carácter indeleble que los configura a Cristo sacerdote<sup>18</sup>.

## 2. Institución Sacerdotal para la Eucaristía

Los relatos de la Institución de la Eucaristía nos presentan el don del sacerdocio ministerial a los Apóstoles para realizar en el tiempo y el espacio la ofrenda del sacramento del sacrificio de Jesús. Veamos los sentimientos del corazón de Jesús en este momento supremo.

Los sinópticos (Mt 26:26ss, Mc 14:22ss, Lc 22:19ss) y Pablo (1 Cor 11:23-25) nos trae el relato de la Institución durante la Cena de despedida. Jesús instituye el sacerdocio de la Nueva Alianza. Es consciente de poner un nuevo rito y de inaugurar un nuevo culto. Lucas expone los sentimientos de Jesús (Lc 22:15) que ha deseado con ansia comer esa Pascua antes de la pasión. Y es este evangelista, igual que Pablo dirigiéndose a los Corintios, quien nos trae las palabras sacramentales de Jesús para el nuevo sacerdocio: "Haced esto en memoria mía". San Pablo es aún más claro en la transmisión de las palabras de Jesús: "Cuántas veces hiciéreis esto, lo haréis en memoria mía" (1 Cor 11:25). Lo que hay que recordar es la Pascua de Jesús, tan bien expresada cuando Juan presenta el cuerpo muerto de Jesús como el del Cordero Pascual al cual no se le quiebran los huesos (Ju 19:33, ref. a Ex 12:46).

San Juan ilumina la Institución eucarística cuando nos transmite las palabras de Jesús: "el pan que yo les voy a dar *es mi carne* para la vida del mundo" (Ju 6:51). Hay que creer que quien come su carne y bebe su sangre tiene la vida eterna y permanece en Jesús (Ibid. 55-56).

En la Institución de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial, la Iglesia debe contemplar la realización objetiva de la Pascua de Jesús mediante los sacramentos. El Reino y la salvación que se anuncian por la Palabra, deben realizarse por voluntad de Cristo también en el rito litúrgico, para el cual sólo algunos tienen potestad. La Iglesia no es una mera comunidad de adherentes a Cristo por el Bautismo y la Palabra (aun cuando en la historia las comunidades hayan debido subsistir así): necesita de la Eucaristía, que es la Pascua de la Nueva Alianza, para que Cristo viva en ella y ella viva con los sentimientos de su Corazón.

## 3. Institución Sacerdotal para la Misericordia

Ahora bien, el sacerdocio jerárquico (Obispos, presbíteros y diáconos) de la Nueva Alianza tiene además una misión de misericordia anexa al oficio litúrgico de hacer presente el sacramento del sacrificio de Cristo. Esa misión de misericordia es hacer presente incesantemente en la Iglesia la ley de la caridad. San Juan nos arroja luz sobre esto. En lugar de traer

<sup>18</sup> Cfr. CONGAR, Y., *Jalons pour une théologie du laïcité*. Paris, 1954, 2. ed., pp. 159-246.

el relato de la Institución, que es conocido por las comunidades cristianas ya existentes, Juan nos transmite otra escena profundamente significativa que nos señala exactamente los sentimientos de Jesús al instituir el sacerdocio ministerial. Se trata del *lavatorio de los pies*, cuyo significado sólo es patente después de la muerte de Jesús. Pero igual que al instituir la Eucaristía, Jesús da un mandato a los sacerdotes de la Nueva Alianza: "Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis, como yo he hecho con vosotros" (Ju 13:15). Hay que entender este sentimiento de caridad profunda del Maestro, si no es imposible entrar en comunión con él (Ibid. v. 8).

En el ejercicio de la misericordia, cuyos principales animadores deben ser los ministros sagrados, la Iglesia contempla el sacrificio y la Pascua de Jesús, según otra perspectiva: la subjetiva de su sentimiento de servicio y perdón (Ibid. v. 14). Al asumir, con un acto concreto, la condición de esclavo que lava los pies, Jesús da cumplimiento al sentimiento profundo que lo conduce a la cruz: el corazón *anonadado* voluntariamente para que triunfe el amor. En la misericordia también se realiza la Pascua, y no en vano la tradición de la Iglesia ha considerado siempre a la caridad como el efecto de la Eucaristía.

Es sintomático que haya muchísimas representaciones de estas dos escenas: la Cena y el Lavatorio. Podrían ser consideradas como adecuadas imágenes del Corazón de Cristo, en este esfuerzo de recuperación en el cual nos hallamos. Lo importante es no perder la devoción a la Pascua. Es de lamentar que por querer enfatizar la devoción objetiva de la representación litúrgica se haya perdido la devoción subjetiva de los sentimientos del corazón de Jesús. Conviene no descuidar ninguna de las dos devociones. El lavatorio de los pies indica cómo es el corazón *de Dios* a través del corazón de su Hijo: en él la justicia se hace misericordia y se traduce en servicialidad. Hay que "comulgar" con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para obtener estos sentimientos y esta experiencia de humildad, sin la cual la Iglesia no llega a ser "santa e inmaculada" (cfr. Ef 1:4).

### III. El Corazón de Cristo en su Vida de Resucitado

La exposición quedaría incompleta si no se incluyera el Corazón del Resucitado. Es este Corazón el que actualmente intercede por nosotros.

#### 1. La Mano en el Costado

Hay toda una corriente de la tradición<sup>19</sup> que siguiendo a S. Buenaventura en su *Vitis Mystica*<sup>20</sup>, ha contemplado la herida del Cuerpo de Jesús, viendo en ella una herida espiritual. De allí, a la necesidad de reparar ese dolor espiritual había un paso muy difícil, que fue franqueado.

Pero nos interesa volver a presentar al evangelista San Juan, porque

<sup>19</sup> Cfr. CARBONE, V., *Cuore di Gesù*, en Enc. Catt. IV, col. 1059-1064.

<sup>20</sup> Cfr. Obras de San Buenaventura. BAC. Madrid, 1967, t. II, p. 444-508, esp. p. 507.

el Corazón de Jesús Resucitado ya no sufre más. Y el evangelista vuelve a presentar el costado (*pleura*) de Jesús en una escena muy importante para la fe de la Iglesia: la aparición a los discípulos, primero sin Tomás y después con él. Las manos y el costado son muy importantes en el Cuerpo de Jesús Resucitado. El mismo las muestra, porque señalan que el Glorificado es el mismo que fue triturado y humillado en su Pasión (cf. Ju 20-19-29, esp. v. 20,25,27 en los cuales aparece la palabra *pleura*). Tomás afirma que si no mete su mano en el costado no creerá. Jesús le dice: "Trae tu mano y pónla en mi corazón, y no seas incrédulo, sino creyente" (v. 27).

¿Qué importancia tiene ese *costado* para que sea el principio de la fe y del don? Después de mostrarles el costado, Jesús les entrega el Espíritu Santo y el poder de perdonar los pecados a quienes han constituido pilares de su Iglesia. Tomás sintetiza lo que recibe del costado de Jesús, reconociéndolo así: "Señor mío y Dios mío". Sabemos que nadie puede decir: "Jesús es el Señor", sino por el influjo del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 12:3). Del costado abierto del Señor, del corazón en cuanto centro de toda la existencia de Jesús, brota aquel Don salvífico que da comienzo a los últimos tiempos.

También nosotros debemos extender la mano hacia ese costado del Señor.

## 2. "Ver y Creer"

Los Apóstoles *vieron* el costado, se llenaron de *alegría* y *creyeron*. El "costado" es un símbolo del Misterio Pascual, al cual nos identificamos por medio del Bautismo que nos ha hecho morir y resucitar con Jesús.

La alegría del Resucitado, su estado beatífico impiden ahora a su corazón que pueda entristecerse y sufrir por los pecados de la humanidad. A nosotros, los creyentes que vivimos en el tiempo de la Iglesia, nos toca reparar y consolar lo que sentimos como un golpe al Corazón de Jesús. Esa reparación, por la cual "completamos en nuestra propia carne lo que falta a los padecimientos de Cristo Jesús (cfr. Col 1:24), exige una identificación nuestra con el Corazón del Señor.

Esa reparación tampoco se hará para nosotros dolor y tristeza, aunque humanamente lo sean, porque cuando Jesús nos habla y cuando comulgamos con El en la Eucaristía, su Corazón sacerdotal hace "arder nuestros corazones", como a los discípulos de Emaus (Lc 24:13-35), y nos conduce a evangelizar en la alegría, a anunciar la Buena Noticia. Así pasamos de nuestra existencia instintiva a una vida en la libertad de los hijos de Dios, a una vida realmente "personal".

## 3. El Corazón Adorable

Es el Corazón del Cordero (cfr. Apoc., *passim*), que con su sangre ha derribado el muro de separación que nos mantenía distanciados. Por su amor libre y total, Cristo ha "obtenido un ministerio (*leitourgia*) tanto mejor cuanto es Mediador de una mejor Alianza" (Hebr 8:6). Con su

Corazón humano de Mediador y Redentor, Cristo nos ama ahora, como nos amó en la cruz de su sacrificio definitivo<sup>21</sup>.

La adoración que tributamos a la humanidad glorificada del Salvador, y en síntesis, a su Corazón, debe ser una respuesta de nuestro propio corazón y de nuestro amor. Cristo sigue sintiendo con su Corazón Resucitado, y nuestra reparación, adoración y expiación del pecado, se unen en el espacio y el tiempo a su acción salvadora, a su Misterio Pascual.

### Conclusiones Teológicas y Pastorales

Para concluir esta exposición, deseo presentar aquí algunas conclusiones teológicas y pastorales orientadas a la espiritualidad en nuestros Seminarios, que permitan encauzar toda la sensibilidad humana de los candidatos al ministerio sagrado.

#### 1. Adoración y Reparación

En la Eucaristía se encuentra el Corazón *sacerdotal* de Cristo, en el sentido más preciso de este término: en cuanto es oferente y oblación, sacerdote y víctima. La reparación forma parte de la actitud de adoración y cada cristiano debe reparar con Cristo al Padre. Unidos a Cristo, no debemos dejar que se apague el fuego del Espíritu que a algunos concede un carisma especial para esa actitud reparadora, y a otros, especialmente, a los que por la ordenación sagrada se identifican a su ser sacerdotal, les concede una vocación<sup>22</sup>. De todos modos, la adoración a la humanidad de Jesús unida en la persona del Verbo, es importante porque seguirá en el cielo cuando ya no tengamos Eucaristía.

Tengamos presente que debemos redescubrir el papel de *los sentidos* en nuestra espiritualidad y reorientar nuestra riqueza afectiva en el culto y la caridad. Cada corazón humano, igual que el de Cristo, es fuente y cumbre de los sentidos, en cuanto principios de amor, de vida religiosa y moral (cfr. Rom 12:2). Todo lo bueno que las ciencias psicológicas han descubierto de lo íntimo del hombre, debe ser orientado a aquello que otorga una vida en plenitud humana: lo que nace del Espíritu Santo emitido por Cristo y dado por el Padre.

La oración de los *ministros sagrados* debe ser también una oración de pecadores. Con una actitud de alma que se olvida de sí misma y prefiere a Dios. Para el hombre arrepentido, que siente los sentimientos de Cristo en la cruz, no hay posibilidad de soledad o de abandono: surge clarísima la conciencia de la presencia de Dios que no abandona, como la tuvo Jesús.

Cada ministro, obispo, presbítero, diácono, debe poder realizar en su corazón, lo que el Concilio decía de los presbíteros: "unirse a Cristo

<sup>21</sup> Cfr. POZO, C., *La reparación al Corazón de Cristo y las nuevas tendencias cristológicas*, en "Cor Christi". Bogotá, 1980, p. 547-556.

<sup>22</sup> Cfr. MENDIZABAL, L., *Líneas para una teología de la reparación*, en "Cor Christi". Bogotá, 1980, p. 570-584.



en el conocimiento de la voluntad del Padre y en el don de sí mismos por el rebaño que les ha sido confiado". Cada corazón sacerdotal debe "esforzarse en reproducir en sí mismo lo que se hace en el ara sacrificial", de modo que el sacrificio eucarístico sea centro y raíz de la vida ministerial<sup>23</sup>.

## 2. Reinformación Catequética (24) y Teológica

El P. Pozo ha mencionado "la reacción de connaturalidad del pueblo cristiano" (art. cit. p. 556). Es importante reconocer que todo corazón verdaderamente humano encuentra al Corazón de Jesús. La catequesis puede devolvernos esta dimensión total de la vida de Jesús, simbolizada en su Corazón, tal como la hemos tratado de presentar aquí. La enseñanza del catecismo a los niños y adolescentes, la iniciación a la vida cristiana de los catecúmenos, la formación de los seminaristas (que a veces son como reales catecúmenos) debe brindar la ocasión de presentar el doble movimiento del hombre frente al misterio de Dios: por una parte, una actitud de amor que lleva al conocimiento; por otra, un deseo de conocimiento que conduce a la expresión del amor.

En esta tarea, especialmente en los seminarios, es menester distinguir nuestra actitud devocional hacia el Corazón de Cristo y el Corazón de Cristo en sí mismo y su valor para la Iglesia, que de allí nació y allí debe volver.

No hay que temer al enfrentamiento de la teología católica con el pensamiento de la racionalidad técnica. Hay que responder a algunos desafíos: ¿Cómo superar la manipulación por el ridículo que se ha hecho de las devociones y emociones? ¿Cómo salir de una concepción menospreciadora del cuerpo humano, y por consiguiente del "corazón", al que sólo se considera un músculo más?

## 3. Liturgia y Devoción

Otro aspecto que merece nuestra atención es el de la Liturgia y lo devocional. Ante todo, nadie puede obtener la dimensión total de la Liturgia, por más objetiva que sea, sin lo sensible, los sentidos, el corazón. Es una tesis conocida del tratado de los Sacramentos: la necesidad de los sacramentos para los hombres. El cristiano que da culto necesita una movilización interior que comienza por los sentidos. Eso debe conducir a revalorizar los sentidos y los sentimientos (sin caer en la sensiblería o sentimentalismo, a la cual nos llevaría una recuperación devocional sin intervención de los pastores del pueblo; p. e. cantos de laicos y seminaristas actuales) y establecer las limitaciones de la razón.

El lenguaje del amor a Jesús suena ridículo para un mundo que no ama, y está imbuído de ideologías de odio.

Por eso hay que plantearse cuál es la auténtica concepción del amor.

<sup>23</sup> Decreto *Presbyterorum Ordinis*, n. 14.

<sup>24</sup> Puebla, n. 457.

La teología del Corazón de Jesús, como hemos visto, nos presenta un amor de Dios que es capaz de asumir las formas del amor humano con todas sus dimensiones. Plantearse incluso el problema de si el amor de Dios funda un cristianismo reducido a construir una civilización mejor y si la Iglesia está solamente para hacernos "hermanos". En nuestra exposición intentamos sacar la simbología del corazón del solo amor para añadirle el misterio del sufrimiento. Demasiado a menudo hemos dicho a nuestros enfermos graves que se unan al dolor de Jesús y a su sacrificio. Pero, ¿no es eso patrimonio de todos y no sólo de los enfermos? ¿Y más que nada de los sacerdotes?

Lo emocional no puede reprimirse para siempre. Por eso, también en la Iglesia hay que encauzarlo a fin de que no siga caminos de desborde, de independencia total, sin orden, sin medida, como en ciertos movimientos de la actualidad<sup>25</sup>.

#### 4. Religiosidad Popular y Ministros Sagrados

Puebla tiene varias referencias al Corazón de Jesús (nn. 172, 454, 912 "devoción al Sagrado Corazón"; n. 287 "del Corazón traspasado de Cristo nació la familia de los redimidos"; y también muy significativos los dos pasajes del Mensaje a los pueblos de América Latina: n. 1 "somos pastores de la Iglesia Católica y Apostólica nacida del Corazón de Jesucristo..."; n. 5 "Invitamos... a la familia de América Latina a tomar su lugar en el Corazón de Cristo..."). El contexto de estas referencias es, sobre todo, el de la religiosidad popular con la cual "expresa su fe la mayor parte del pueblo" latinoamericano (n. 911, con la corrección del Papa Juan Pablo II). Ha llegado quizás el momento de redescubrir la "piedad de la Iglesia" toda, de modo que por religiosidad "popular" o fe "popular" o Iglesia "popular" no se nos conduzca a un atolladero en el cual los ministros sagrados son innecesarios. No hay que descartar que existen niveles diferentes de vivencia de la fe, así como hay diferentes experiencias culturales. Pero no es posible mirar a la piedad popular como algo que pertenece a "otros", y que sólo merece de parte nuestra revalorización y atención pastoral. Erradicar lo emocional, lo sensible (aunque haya que purificarlo como todo lo humano) trae consecuencias funestas. ¿Qué quedaría de San Pablo, entonces? Hay que plantearse entonces si nuestros seminarios son el lugar de la liturgia, auténtica devoción al Misterio Pascual, y se tolera una cierta participación en la piedad popular, más como participación externa, que como autoimplicación. La muchedumbre y la fiesta pueden ser la ocasión más propicia para esos deseos de "inflamarse" que mencionan tantas oraciones litúrgicas. El Corazón de Cristo pertenece a esa piedad popular que modeló generaciones de sacerdotes. Con la sensibilidad propia de este tiempo, ¿podríamos descubrir cómo autoimplicarnos a nosotros y a nuestros seminaristas?<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Cfr. RATZINGER, J., Card., *Racines et prolongements*, en "Le Coeur de Jésus, coeur du monde". París, 1982, p. 141-156.

<sup>26</sup> Algunas reflexiones interesantes sobre este tema pueden verse en TERAN, J., *El culto al Corazón de Jesucristo y la evangelización latinoamericana*, en "Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús". Bogotá, 1982, p. 470-494.

### 5. Formación en los Seminarios

Un hecho en nuestros pueblos es el surgimiento de comunidades cristianas, que quieren vivir intensamente la fe en Jesús. ¿Cómo hacer para no caer en un "comunitarismo" sin relación a los contenidos de la fe católica, de su piedad, o peor aún, que los menosprecia como si condujesen a una alienación?

Junto a ese hecho, tenemos que reconocer que la formación de seminaristas ha estado conducida con una preocupación por asegurar una "espiritualidad del presbítero", más que por establecer una definición del sacerdocio. Los rectores se sienten responsables de que sus alumnos tengan el espíritu adecuado para las funciones que van a desempeñar. Así surgen, p.e. las visiones del presbítero como hombre del sacrificio, mediador que se vacía así mismo por los demás, como Jesucristo. La escuela francesa de espiritualidad influyó mucho en la formación sacerdotal, también en América Latina, sobre todo a partir de las intuiciones de San Vicente de Paúl (1585-1660), para quien el sacerdote es el hombre consagrado para la *redención* de los demás. Charles de Condren (1588-1641), por su parte, dirá lo mismo pero señalando que el sacerdote es el hombre consagrado para la *adoración*. Otros han querido definir al sacerdocio por la noción insuficiente de *mediación*. Es preferible mantenerse en la línea agustiniana retomada por Santo Tomás que define al sacerdocio por el *sacrificio*.

El Corazón de Cristo puede ser un elemento teológico de primera importancia para la catequesis de nuestros seminaristas actuales que, muchas veces, se presentan con las necesidades de los catecúmenos. El Corazón es capital en su formación espiritual y personal, en su formación teológica, en su formación pastoral. No es indiferente la concepción sacerdotal que se maneja en los seminarios: querer hacer la simbiosis de todas ellas puede producir tensión y presiones. Es mejor saber descubrir estas concepciones que responden a modelos de Iglesia, ninguna de las cuales se opone al Corazón sacerdotal de Jesús (como nosotros lo expusimos en la II parte de este trabajo). La devoción al Corazón de Cristo si evita caer en el intimismo y si adquiere la necesaria dimensión social, nos liberará de las ideologías del odio y devolverá el valor al amor y a la oblación.

### 6. Amor a la Iglesia

La tarea más importante es volver a colocar a la Iglesia toda en el Corazón de Cristo, como expresaba S. Jerónimo: "*Unum Ecclesiae corpus, rursum in latere Christi ponitur*"<sup>27</sup>. Que la Iglesia se haga Corazón.

De aquí pueden salir nuevas imágenes de la devoción al Corazón de Jesús, no necesariamente ceñidas a las que brotaron por influjo de S. Juan Eudes y sus seguidores. La tradición iconográfica de la Iglesia privilegió cuatro momentos del Corazón de Jesús, que nos parecen capitales: María (la Iglesia) al pie de la cruz de su Hijo, la Cena de la institución eucarística, Jesús lavando los pies a Pedro, y la oración en el huerto de Getsemaní. Nos parecen imágenes muy provechosas para orientar el amor al

<sup>27</sup> Cfr. JERÓNIMO, s., Esp. III, 5.31: PL 26: 952.

Corazón *sacerdotal* de Jesús y que serían bienvenidas por el pueblo cristiano en su totalidad. De esta piedad no nos cabe la menor duda de que surgirá la *alegría* que necesita la Iglesia y el mundo de hoy. La clave de estas imágenes es que son imágenes de la Iglesia, de Cristo con su Cuerpo que es la Iglesia, o de la Iglesia que es el Corazón de Cristo latiendo ahora en el tiempo y el espacio. ¿Podrán los hombres que claman a Dios beber en este Corazón de Cristo y la Iglesia la verdadera alegría?<sup>28</sup>.

Concluyo ya esta larga exposición, con una referencia a la amistad sacerdotal. Es preciso volver a encontrar nuestros corazones humanos, identificados por el sacramento del Orden con Cristo sacerdote y víctima, para reencontrar los sentimientos del Corazón de Cristo. Comencemos por aquí y dejémonos conducir por Jesús "que vive la vida incorruptible (Ef 6:24). Y entonces, nosotros sacerdotes, el pueblo cristiano que es sacerdotal y Cristo Resucitado sentado a la diestra del Padre, todos formaremos un solo Cristo que ama al Padre: *Unus Christus amans Patrem*<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> Prefacio del S. Corazón, 1970.

<sup>29</sup> AGUSTIN, s., Enarrat. in Ps. 39, n. 12 y 13: PL 36: 442.